

HOMENAJE A ALBERTO DÍAZ TEJERA

Por ROGELIO REYES CANO

Excmos. e Ilmos. Señores Académicos,
Magfcos. y Excmos. Sres. Rectores de las Universidades
de Sevilla y Huelva,
Querida amiga Goya, hijos y familiares de Don Alberto Díaz
Tejera,
Queridos amigos y compañeros del mundo de la enseñanza,
Señoras y señores:

Hay momentos en los que nos resulta especialmente doloroso aceptar el frío sucederse de las cosas y tener que resignarnos, por mucha evidencia que le reconozcamos a la inapelable sentencia de Heráclito, a convivir con el vacío que dejan las personas a quienes de verdad queremos; hacernos a la idea del imparable fluir de la vida, cuyo desenlace siempre termina por cogernos de sorpresa y por sumirnos en la perplejidad. Sentimientos sin duda acrecentados cuando se trata, como en este caso, de los amigos perdidos.

Puedo asegurarles a ustedes que a pesar de la solemnidad de este marco, estas palabras mías no tienen en esta ocasión nada que ver con un exordio retórico. Por el contrario, más bien son la conclusión de una triste experiencia vivida por esta Academia, que en el breve plazo de cinco meses —entre julio y noviembre del pasado año— ha debido pasar por el duro trance de decir adiós a tres de sus miembros que todavía se hallaban en plena madurez vital e intelectual: Don Alberto Díaz Tejera, Don Antonio Hermo-

silla Molina y Don Alfonso Braojos Garrido. Al rendir hoy homenaje al primero de ellos, que fue también el primero que nos dejó, queremos hermanar a los tres en el mismo recuerdo y en el mismo afecto, compartido por todos cuantos tuvimos la suerte de ejercer junto a ellos la tarea académica.

Tengo que empezar confesándoles a ustedes que siento esta noche una extraña sensación de desasosiego y de confusa irrealdad, como si no pudiera crearme del todo que he de ser yo quien, en mi condición de Director, tenga que presidir y pronunciar las primeras palabras de saludo en esta Sesión Pública en homenaje a nuestro querido amigo y compañero académico, el Excmo. Sr. D. Alberto Díaz Tejera. Sensación de extrañeza, digo, porque nunca pensé que alguna vez tuviese que hablar de Alberto en tiempo pasado; jamás puede imaginar, en tantos años como he convivido con él en la Universidad y en la Academia, ese prematuro desenlace que a todos nos ha sumido en el desconuelo. Mis relaciones académicas con Alberto fueron especialmente intensas y cordiales. Fue él quien me animó a presentar mi candidatura a esta Casa y quien la apoyó con entusiasmo; quien contestó también a mi discurso de ingreso. Y con él compartí responsabilidades en la Junta de Gobierno durante los dos últimos mandatos de D. Eduardo Ybarra. Y han sido tantas las experiencias vividas en común, tantas las charlas amistosas y las confidencias, tantas las ilusiones compartidas, que por fortuna hoy sólo soy capaz de recordarlo no como el hombre que fue sino como el hombre que continúa viviendo —y vivirá por mucho tiempo— en mi memoria y en mi sentimiento, y en los de esta Casa, que también fue la suya durante doce años y en la que todavía parece que vamos a verlo entrar, cualquier noche de viernes, con su contagiosa cordialidad, su buen humor y su calor humano.

Faltaría a la verdad si no dijera que junto a ese desasosiego del que antes hablaba, percibo también en mí, y estoy seguro que en todos mis compañeros de Corporación, un sentimiento de orfandad intelectual, porque, además de al amigo, esta Real Academia Sevillana de Buenas Letras ha perdido a uno de sus miembros más cualificados, que nos ha dejado una gran herencia pero del que hubiésemos podido esperar todavía nuevos y valiosos frutos de madurez.

No debemos olvidar, sin embargo, que Alberto era, ante todo y sobre todo (o al menos así me lo parecía a mí), un auténtico vitalista, un hombre enamorado de la vida, optimista hasta el final y lleno de proyectos ilusionados, es decir, de esperanzas. Por eso quisiera que esta noche le recordásemos justamente en esa misma onda emocional que era tan consustancial a su persona, y acordándonos de los versos de Antonio Machado: “Lleva quien deja y vive el que ha vivido”, evocar su figura sin tintes necrológicos ni retóricas solemnidades, en sintonía con su singular modo de ser, siempre respetuoso con la liturgia académica, pero siempre, también, con ese aire personalísimo de libre informalidad que él tenía, con esa sencillez y espontaneidad de gestos y de actitudes tras los que parecía esconder pudorosamente sus muchos saberes.

Y aunque no es mi intención restar tiempo a quienes hablarán después de mí, que podrán extenderse con más conocimientos de causa en su lado humano y en su vertiente profesional, no me resisto a dar muy brevemente, en nombre de la Academia, algún apunte de su perfil intelectual, ponderando dos notas generales que creo que lo definen muy bien; me refiero a su profundo humanismo y a su inequívoco sello universitario. Alberto era un humanista por partida doble: en la conducta y en el saber. En la conducta, porque vivía atenido a ese código de comportamiento que, más allá de la profesionalización de los “*studia humanitatis*” del Renacimiento, el humanismo ha ido acumulando en el curso del tiempo: liberalismo, tolerancia de ideas, cortesía en la convivencia, fe en la libertad y en las posibilidades del hombre... Y humanista también en cuanto al saber, porque Alberto era —como todo el mundo conoce— un gran profesional de la filología clásica, integrador de la letra y del pensamiento, respetuoso con la literalidad de los textos pero dispuesto siempre a la exégesis de sus mensajes; experto en la crítica textual y a la vez agudo razonador de los contenidos. De ahí sus amplios conocimientos filosóficos y sus muchas publicaciones sobre el pensamiento occidental, tal como dejó probado en su discurso de ingreso en esta Academia, titulado sintomáticamente “El pensar simbólico y el fenómeno cultural”, leído el 31 de mayo de 1985 y contestado por Don Jesús Aguirre Ortiz de Zárate.

La otra gran nota de su personalidad es, como antes he dicho, su acentuado perfil universitario, la verdadera vocación de su vida, a la que dedicó siempre sus mayores esfuerzos. De la Universidad él trajo a esta Academia ese estilo de profesor de ley, de universitario nato, que ya venía ejerciendo desde muchos años atrás en su cátedra de Filología Griega: su rigor intelectual y finura crítica, su agudeza mental, su capacidad dialéctica, su interés y curiosidad por los temas más alejados de su especialidad..., cualidades que han dado prestigio y solvencia a nuestra Corporación, de la que fue primero Secretario y más tarde Vicedirector.

Esa doble condición de universitario y de académico es la idea que ha animado a nuestra Junta de Gobierno a integrar en la sesión de esta noche a personalidades representativas de esos dos mundos, que son en verdad en los que se ha desarrollado la mayor parte de la labor profesional de Alberto Díaz Tejera. Dos mundos hermanados en una misma preocupación por la ciencia y el descubrimiento de la verdad, y esa labor de Alberto puede servir, sin duda, de referencia que estimule una colaboración cada vez más estrecha entre los dos.

Quiero por ello cerrar esta intervención mía con unas palabras de gratitud a todos cuantos han hecho posible esta sesión de homenaje a su persona. En primer lugar, a los dos miembros de la Casa, los señores Olivencia Ruiz y Duque Gimeno, unidos con Alberto por una estrecha relación de amistad y de cariño, que intervendrán en nombre de la Academia. Y de manera muy particular a los dos profesores universitarios que amablemente han respondido a nuestra invitación: el Dr. Don Antonio Sancho Royo, Profesor Titular de Filología Griega de la Universidad de Sevilla y antiguo Decano de nuestra Facultad de Filología; y el Dr. Don Francisco Rodríguez Adrados, Catedrático Emérito de la Complutense, miembro de número de la Real Academia Española y figura destacadísima del helenismo mundial, que nos hará el honor de cerrar esta sesión. Ambos han tenido, por diversas razones, un trato muy directo y cordial con Alberto Díaz Tejera, uno como discípulo y otro como maestro, y lo que puedan decir de él tendrá, sin duda, un valor testimonial de primer orden.

Hago también extensiva esa gratitud a todos cuantos están presentes aquí esta noche, en un gesto de cariño y respeto por Alberto

Díaz Tejera que esta Academia no olvidará. A Goya y a sus hijos, a quienes sé que no les resultará nada fácil reavivar de nuevo tantos recuerdos, pero que quizás puedan sentirse confortados — al menos ese es nuestro deseo— por el afecto que todos sentimos por Alberto. También a las autoridades académicas, y a sus compañeros del mundo universitario, del Secretariado de Publicaciones, que dirigió con entusiasmo y buen sentido, y de la Sociedad “Dante Alighieri”, de la que fue Vicepresidente; a tantos profesores de los Institutos de Bachillerato a los que él formó; a tantos alumnos en los que él supo sembrar la pasión por la Filología Clásica; y a tantos amigos anónimos que, junto a los demás, dan calor a este acto y nos devuelven la memoria viva de una gran persona y de un gran hombre de cultura.